

Varadura

Seguros de nuestros conocimientos náuticos, luego de tantos años de clases y navegaciones de todo tipo, una salidita de verano, en los conocidos Grumetes, no ofrecía más que una oportunidad de disfrutar del sol, pasear a amigos y lucirnos ante la limitada concurrencia femenina del club. Limitada, por ello más apetecida y disputada.

La ría de la bahía Blanca, no podía presentar obstáculos de entidad. Ni siquiera consultamos la carta de navegación. Todos parecía boyado y amplio.

Pero hay que interpretar el balizamiento y la diferencia entre extensión y profundidad, lecciones que no habíamos asimilado adecuadamente, aún, en el río color de león, en los pasados nueve años.

De cualquier manera, con Julio y otro colega, sumando a mi pequeño hermano menor, Nachito, reservamos un velero y, con una mochila con alguna fruta, unos sándwiches y una botella de gaseosa, nos hicimos a la mar. Ahora en las saladas aguas marinas, contenidas en un estuario de costas bajas, cangrejales e islas sedimentarias, pero mar al fin.

Sin más pronóstico meteorológico que nuestro propio olfato marinerero, salimos poco antes del mediodía.

No necesitábamos hacer muchas preguntas y el retobado marinerero del club, un conscripto seguramente castigado con recargo de servicio a su colimba, ni atinó a darnos consejo, éramos Oficiales, Guardiamarinas.

El aparejo del Grumete, particularmente en aquellos barcos escuela de club, era completo pero elemental. Lo armamos sin dificultad.

Largar el orinque de la boya y zarpar, virando al viento e izando a un tiempo, fue, un simple trámite, aunque tuvo un carácter de ejemplaridad escolástica, para quien nos viera. Después de todo, estábamos haciendo el ingreso triunfal a la dársena de la Flota de Mar, donde desarrollaríamos nuestra carrera, no había margen de errores en el debut.

Nacho, alumno del curso de Optimist, miraba todo con asombro, trataba de asimilar los conocimientos de los mayores.

La vuelta a la dársena fue lenta, el mediodía estival de Bahía Blanca presenta las típicas calmas, previas a la virazón. Los buques y muelles agregaban lo suyo haciendo socaires y remolinos.

Había que trasponer los pilares de Neptuno y salir al estuario. Vamos a probar.

El canal está claramente demarcado, hasta la mitad, el veril oeste es una alta escollera de hormigón, culminada en una baliza verde. La escollera simétrica es de piedra y está hundida, sólo aflora en mareas muy bajas.

Eso era un dato, hay mareas y significativamente mayores al Río de la Plata. A buen entendedor ...

Si hay mareas hay corriente de mareas. Sube o baja, sólo interrumpida por breves estoas.

El resto del canal estaba boyado, con viejos flotadores de luces a gas de acetileno. Rojas entrando a la derecha (estribor), verdes a la banda opuesta. Seis pares.

La primera sorpresa fue advertir que bien se desplazaba el Altair, de salida, que bien navegaba con poco viento fuera del resguardo portuario. Paty Cascallar al timón parecía entenderse con el barco. Las pesadas velas de algodón no alcanzaban a henchir sus estiradas arrugas, pero caminábamos dejando atrás la costa.

En el extremo del muelle, un curioso remolino indicaba a las claras, que la obra se había hecho cortando el eje del canal natural. Claro, hace cien años, poco sabrían los ingenieros de construcciones portuarias. Además lo había construido un ingeniero tano, un tal Luiggi, ¿qué iba a saber? Sólo duró cien años, por ahora ...

Por la inclinación de las boyas y la pequeña estela en sus costados, parecía que la corriente era creciente.

El sol, quemaba nuestros rostros, con una intensidad que no advertiríamos sino hasta el atardecer. La suave brisa aplacaba el calor y, por suerte, atinamos a mantenernos con las camisetas puestas. Nacho llevaba gorrito y Paty anteojos, Julio y yo, íbamos a lo macho, sin nada de protección.

La bebida se acabó rápido, transpirábamos mucho, pero el aire cálido nos secaba todo pronto. El vientito daba del este, desde Punta Alta, así que la derrota más cómoda, luego de un par de vueltas cercanas al Tres Brazas, era hacia la salida del Canal Principal, hacia Baterías. La corriente nos traería de regreso, como caballo de alquiler.

No había oleaje. Era amplio y profundo, estaba boyado y teníamos el viento franco. ¡Qué más pedir para una tarde libre bien marinera!.

Sosegados, adormecidos, nos turnamos al timón, mientras el resto dormitaba en los espacios disponibles de la cubierta, al sol. No es cómodo, hay landas, cáncamos, mordazas, rieles, motones, todo tipo de aparejos y ferretería de maniobra; no está pensado para tomar sol.

Las piernas, se fueron comiendo las distancias y la tarde. La corriente se hizo casi imperceptible sin las referencias próximas, no teníamos navegadores ni corredera. Ya no quedaban boyas cercanas, sólo las playas de Punta Ancla primero y Baterías después, ambas casi despobladas, pese a la agobiante jornada veraniega. Es que están próximas a zonas restringidas por la planta petrolera y la Base de la Infantería de Marina.

Playas largas de gruesa arena amarilla, algunas redes de alambre marcaban trampas de pesca. Acercarse parecía complicado por el escaso gradiente de las playas.

Las dunas de la orilla sobresalían con su vegetación rala y amarillenta. Escasas líneas de eucaliptos y montes de tamariscos ponían unas pocas pinceladas verdes a la costa firme. Los médanos daban cierto toque paradisíaco al lugar, invitando a soñar con rubias féminas salvajes... pero estaba desoladas.

Poca gente, pescadores solitarios.

En las islas del sur, Trinidad y Bermejo, nada. Planicies salinas y arenosas, de riberas marrones de fango, bajíos extendidos que apenas velaban en pleamar, sobre las que asomaban hostiles juncuales, inaccesibles para nuestro calado de casi un metro. Inaccesibles por carecer de sentido práctico.

Con el transcurso de la tarde, el viento fue rotando, siempre suave, hacia el norte.

¿Qué se puede hacer en una zona sin muelles, sin chicas, sin un paisaje destacable?

Cuando decidimos volver ya promediaba la tarde, sin embargo, en esas épocas, el crepúsculo era tardío, faltaban todavía varias horas. El día se hacía eterno, sobre todo cuando había que trabajar con ese calor.

El avance se hizo dificultoso, ciñiendo, con poca brisa. La estela del barco era importante, el agua burbujeaba con fuerza bajo el espejo. Pero no avanzábamos.

Casi a las cinco de la tarde, el viento noroeste soplaba con mayor intensidad, lo teníamos de la amura de babor.

Derivábamos lento hacia las playas de Punta Ancla, muy lejanas, más de 1000 metros. No llegaríamos nunca.

-Basta de dormir, lirones. Hay que orzar, cazar velas y orzar.

-Cazá también el estay popel, está soplando más.

Pero el desgastado aparejo del achacado barco escuela no resistió y el cable se cortó. ¡Qué macana!

-Hay algo de repuesto, improvisá algo Julio.

-Pasame la pinza Paty.

-¿Qué pinza? ¿vos trajiste herramientas?

-No, sólo la navaja. ¿nadie trajo pinza?

-Ni pinza ni nada, ¿qué sabía yo que se iba a romper algo?

-Carajo, ¡somos pura improvisación! ¿cómo el club no entrega el barco con repuestos y herramientas? ¡son un desastre!

-¡Qué inútiles!

Mientras nos quejábamos algo hicimos, y con un cabo de la mano de rizos, unimos las partes del estay, al menos para sostener el palo.

Nacho, ya cambiaba la cara. No éramos ahora tan admirables, mostramos una fisura. Por las dudas, dudando del resto del aparejo, derivamos un poco, no era cuestión de que saltara un obenque. La costa seguía lejana.

Un leve roce, cierto retardo en el andar, otro roce ...

-¿Estamos tocando el fondo?

-¡Qué va animal, mirá donde está la costa! A diez cables.

Un nuevo roce largo y abrasivo. Lo sentimos todos, limaba la quilla.

-¡Virá! Estamos tocando, ¡Virá a babor!

Un golpe seco contra algo duro, muy duro y el barco se detuvo en el acto, cambiando la proa a babor.

-Encallamos.

-¡Virá pronto boludo! A babor, no te niegues.

-¡Volvé sobre el camino!

-Beto, ¡Virá en redondo!

-¡Todos a babor, a escorar! ¡Julio colgate de la botavara!

Las órdenes eran coherentes, pero todos las daban, muchos caciques sin indios. Las reacciones fueron rápidas, pero el barco estaba firmemente encajado. Apuntaba hacia la lejana costa norte. Nacho, callado, miraba todo absorto. De la calma aletargada a la adrenalina de la alerta máxima. Ya no éramos idolatrables, los pies de barro se deshacían con las olas del mar.

-No puede ser, estamos cerca del canal. ¡Mirá las boyas! Están acá nomás.

-La costa esta lejana. ¡Sondá con el remo!

No alcanzamos a meter un metro de remo en el agua para tocar el duro fondo de tosca. ¿un banco?

-¿No está creciendo?

-¡No, está bajando! ¡mirá la inclinación de la boya! No nos dimos cuenta.

Nacho ya estaba desilusionado, semejantes novatos ... queriendo dejarse el bigote. También estaba asustado, estábamos encallados.

Las maniobras de catálogo no dieron el resultado clásico. Balanceamos, escoramos, nos colgamos de la botavara bien abierta y de los obenques, filamos, remamos con timón y palas, intentamos sirgar con el guión de los remos en el fondo ... Nada, el barco estaba firme como rulo de estatua. La última heroica posibilidad era lanzarse al agua y empujar, como en la época de la colonia frente al fuerte de Buenos Aires. Por suerte era verano.

Uno, dos y tres al agua. El trío de fornidos (o no tanto), empujando el ahusado carromato sin el menor éxito, ni un milímetro.

Sólo quedaba esperar la siguiente pleamar. No había radio y el club, lejano no tendría noticias nuestras. Lo único alarmante era la preocupación de mamá por Nacho.

No había alternativa, si el problema no tiene solución, no es problema. A esperar, ya crecerá.

-Lástima que no queda comida, ni agua fresca.

-Tampoco exageres, no somos náufragos. Un par de horas sin comer no nos va a matar.

Dos y tres horas después, cercanos al crepúsculo, estábamos totalmente escorados. La marea siguió bajando con fuerza. Pronto la zona quedó literalmente en seco con el barco recostado sobre estribor. Habíamos impactado la cañería de petróleo que, de la planta de almacenamiento, conducía a la boya de carga y descarga, en el canal. Sobresalía sólo 20 centímetros, pero constituía una pared infranqueable con poca profundidad. Estaba indicada en las cartas, que nosotros no portábamos.

La opción, hasta la próxima marea alta nos pareció obvia. Éramos hombres de recursos y clarividencia envidiable: dejar el barco allí, fondeado para que no derivara e irnos a dormir a casa hasta la siguiente plea. Obvio.

Cavamos un pozo a mano en el fango arenoso y enterramos en ancla. Guardamos las velas dentro de la cabina, cerramos todo y salvavidas en mano (por si una súbita creciente nos encerraba devoradora, caminamos hasta la playa.

Ya casi al llegar vimos aproximarse raudamente, un auto particular, que levantaba polvareda entre los árboles. Nos venían a buscar.

Era el Comodoro del club, advertido por la lancha de prácticos que nos vió desde el canal. El Capitán García Blesa no recibió desde la cima del médano con gritos de escasa algarabía, más bien de reproche exagerado.

¿Hospitalidad de rescatista o regaño de jefe alterado? Más bien lo segundo. Definitivamente eso.

Las explicaciones nuestras sobraron, no valían. Eramos unos inútiles imperdonables. ¿Cómo podíamos ser casi Guardiamarinas?; Nunca lo seríamos! Él no lo permitiría.

Igualmente no quedaba ya otra cosa por hacer. La marea sería a las seis de la mañana.

Volveríamos entonces.

El capitán nos condujo hasta la Base Naval, a mi casa, con un ininterrumpido rosario de improprios (muy urbanos por cierto) y deméritos. Nachito casi lloraba. Nuestro futuro naval era ciertamente opaco.

El barco abandonado al fondeo, quedó atrás en el veril seco del canal.

Al llegar, luego de un nuevo pero breve regaño de mi padre (afortunadamente Infante de Marina), devoramos una frugal cena, nos duchamos y fuimos todos a mi cuarto.

El sol nos había incinerado, sin que lo advirtiéramos.

Nos quedamos profundamente dormidos.

El día había sido duro.

No, no escuchamos el despertador, el típico margen naval, falló esta vez.

Como a las ocho y media, el primero se despertó sobresaltado. Un salto, un grito y los tres salimos, vistiéndonos por el camino.

Tomamos el destartalado Citroën AMI 8 de mamá y despegamos hacia la varadura,

Nachito se prendió nuevamente a la partida. Después de todo, era nuestro grumetín.

Pobre catramina, vibraba a más de 60 kilómetros por hora y la llevábamos casi a cien.

Tomamos un viejo camino costero abandonado y clausurado, de asfalto muy deteriorado. Era transitar por el sur del Líbano...

Ante cada médano alto nos deteníamos, para otear la ría, era un respiro para el agitado coche, que se calentaba como una pipa. Si el auto se refrescaba un poco, nosotros nos íbamos enervando, el barco no se veía. La bahía estaba ya en pleamar, las costas habían sido nuevamente ganadas por el avance del agua, las playas se reducían a unos pocos metros al pie de las dunas.

La resaca de pajas húmedas, algas y maderas, mezcladas con restos que arrojaban los barcos, se acumulaba allí, con la espuma de mansas rompientes. No había signos del velero.

Primero uno, luego dos y finalmente todos, nos agrupamos en esos mangrullos de ocasión, nadie veía nada.

El barco había sido robado, cosa improbable en costa tan deshabitada y de noche, o había naufragado o derivado. Si se había hundido, su casco afloraría en la bajante, podíamos esperar. Si derivaba, debíamos recuperarlo antes de que la corriente lo llevara hasta el paso de salida, El Toro; allí no habría ya forma de alcanzarlo, iría y vendría a merced de vientos y corrientes hasta destrozarse en algún banco duro.

De modo que la decisión que quedaba por tomar era sólo una (así es fácil), seguir la huella hasta Baterías, donde el estuario se abría, mirando desde las alturas. Y rezar para que la maldita ancla hiciera lo suyo, garreando pero no soltando el fangoso fondo. Fue un rally, o una biatlón. Tanto sufrió el pobre AMI como nosotros. Al calor creciente de la mañana se sumaba, progresivamente el del saturado radiador. A la agitación de los nervios se agregaba la de subir y bajar los médanos de caliente arena corriendo. El auto humeaba, nosotros transpirábamos, todo copiosamente. El un momento, alarmados, nos detuvimos a abrir el capó, para descubrir las mangueras de la calefacción, cuarteadas y rotas, desprendidas de sus encloches, quemándose sobre el block. No estaba el matafuegos, las arrancamos con la mano envuelta en una camiseta y arrojamos a la banquina. Uno quedó en cueros, lo que no importaba mucho porque hacía calor, demasiado calor.

Todavía quedaba agua; pero se agotaba el tiempo. Seguimos viaje.

Removimos alquitas vallas de advertencia de seguridad, el camino no era teóricamente transitable pero ese era un detalle menor.

Más de hora y media duró la prueba física. Finalmente, al pié de la baliza Chica, avistamos el casco, a palo seco, escorando pesadamente con el agua casi hasta la cubierta, cerca de la última batería, que hoy es museo.

Julio y Paty, con ropas y todo, se tiraron al mar para llegar a nado al barco. Con una mano alzada procuraron mantener secos sus documentos.

Nacho y yo, fuimos por ayuda, a buscar un teléfono. A mediados de los '80, eso era todavía difícil en esa zona, las comunicaciones eran tan malas como los caminos.

Desde la guardia de acceso a un plácido batallón de franco, advertimos de la situación al gruñón Comodoro del club. Él se encargó de movilizar toda la Flota de Mar, hasta que enviaron en auxilio un remolcador de puerto con el colorado Teniente Catolino.

El hecho de que fuera también él un viejo conocido del Liceo, nos salvó en buena medida de mayores consecuencias. Pero, al llegar, el tono de su grave voz indicaba claramente que no le había agradado ser interrumpido de su siesta dominical. La velocidad con que remolcó al grumete, las doce millas hasta el fondeadero del club, denotaban también su impaciencia por regresar a culminar su descanso en paz.

A bordo del yate, los rescatistas rescatados, achicaban con lo que podían el agua de la cabina, mientras el oleaje del bigote de proa embarcaba nuevos baldazos.

Al crecer la marea, hasta poder levantar toda su altura por flotabilidad, el barco se había llenado de agua por la borda apoyada. No se hundió de suerte, o por piedad de Neptuno. Todo el viaje de regreso fue un nuevo suplicio físico para los embarcados, entre salpicones de agua fría y el agobiante achicar. Para mí no fue más leva la cosa. En la torre del control del puerto, tuve que soportar estoico el ininterrumpido sermón del Comodoro y sus amenazantes ademanes, mientras los suboficiales de mar se burlaban a sus espaldas.

Ese domingo terminó tarde, recién cuando el barco, ya amarrado y seco, estuvo en condiciones para ser devuelto al contra maestre, asentando "sin novedades" en el libro de rol.

Es difícil que las cosas no se divulguen en un mundillo tan reducido como el naval. Teníamos cierta fe en que la cosa hubiera quedado tabicada, por ocurrir en un tranquilo fin de semana de verano, con pocos testigos, poca gente. De Sudamérica no salió la cosa.

En la Escuela de Operaciones, antes de iniciar las clases del lunes, previas a nuestro viaje bautismal en la Fragata Libertad, el mismísimo Director, un canoso Capitán de Fragata, se presentó en el aula preguntando por los tres guardiamarinas náufragos.

Puestos al frente de camaradas y tenientes profesores, su breve síntesis de los hechos y la rápida evaluación de nuestro accionar, convenientemente sazonada con irónicos adjetivos (y sarcásticos murmullos de nuestros queribles compañeros), no exaltaban cualidades imitables ni virtudes. No sonaron halagüeñas ni parecían ser un alentador presagio.

-Paty, nos hubiéramos quedado a dormir la siesta.
-Al menos, ahora todos nos conocen ...
-¡Idiota! Nos van a dar la baja.

Buen debut para los marinos.

PD. Los tres marinos hemos llegado a Capitanes de Fragata (hasta hoy), comandantes de buques o escuadrillas de aeronaves. Nacho, desalentado definitivamente la náutica como vocación permanente, la practica esporádicamente, no completamente disuadido de sus riesgos. Ya casi nadie lo recuerda.